Al dia siguiente Julio Leroux vió ante sí el semblante desconocido del jóven médico, y con voz débil preguntó:

-¿Qué ha pasado?.... ¿Quién es ese señor? -Que habeis estado malo ayer, muy malo, y este caballero es el doctor Máximo Giraud, nnestro vecino, que os ha salvado la vida.

Julio Leroux tendió la mano al jóven que su hija acababa de presentarle, y le dijo sonriéndose:

-Mucho os debo, caballero, puesto que os debo la vida. Tened por cierto que si el servicio prestado es grande, mi gratitud no lo será menos.

-Caballero, nada teneis que agradecermereplicó Máximo, -no he hecho mas que cumplir con mi deber, y me considero muy feliz con haber podido salir airoso.

El ex-banquero, que no se acordaba de nada, quiso saber con detalles lo que habia sucedido.

Juana y el doctor, á los cuales no tardó en reunirse el principe completamente descansado ya con una noche de reposo, le dieron cuantos detalles pudo apetecer.

-Hé ahí cuan poca es la vida-dijo filosóficamente el enfermo despues de haberlos oído. -¡Si mi buena suerte no hubiera hecho que el señor Máximo Giraud viniese hace seis sema-

nas á fijarse en Rancey, ya no existiria yo! Doctor, mientras me dure la vida seré vuestro enfermo; cuento con llegar á vivir cien años. Os nombro oficialmente mi médico. ¿Quedamos en eso?

Máximo se inclinó respetuosamente en señal de asentimiento. Una profunda alegría inundaba su alma, su corazon latia con violencia.... tenia abiertas de par en par las puertas de Hojas-Verdes. ¿Quién sabe si Julio Leroux no llegaria á sentir por él profunda simpatía? ¿Quién sabe si la señora Giraud su madre, no se habia equivocado al decirle: -¡Espera!

Prometimos al lector que no tardariamos en reunirnos en Italia con Roberto de la Tour du Roy, su mujer y su cuñada, y ha llegado ya el momento de cumplir nuestra promesa.

Moria el mes de Febrero.

El marqués, su esposa y Renée recorrieron durante cuatro meses la Italia, la tierra clásica del arte, y visitaron sucesivamente Florencia, Turin, Roma y Nápoles, deteniéndose en estas ciudades el tiempo que determinaba el capricho de Lazarine, á cuyo criterio supeditaba Roberto el itinerario del viaje.

La aristocracia y el mundo oficial abrió sus salones á los viajeros, y la crema de la sociedad italiana les obsequiaba con comidas de etique-

Esta vida de contínuas fiestas, de movimiento incesante, de multiplicadas distracciones, agradaba á Lazarine, pero no la hacia olvidarse de Paris, la ciudad-reina, la primera capital del mundo, segun opinion de la elegante marquesa, y en donde toda mujer que se distingue por su hermosura y su talento. encuentra admiracion y fama entre propios y extraños.

Esto no le impedia, despues de todo, escuchar con cierto agrado los elogios hiperbólicos de los cortesanos de Italia.

Pero como era la misma para todos, y no habia uno que pudiera conceptuarse favorecido con una mirada expresiva ni una sonrisa significativa, el señor de la Tour du Roy no se mostraba receloso por estas galanterías de socie-

Renée, no menos obsequiada que su hermana, se hubiera encontrado completamente dichosa entre esta atmósfera embriagadora, si su naturaleza, fatalmente celosa, le hubiera permitido olvidar que solo á Lazarine debia sus triunfos y sus conquistas, y que habria pasado

casi desapercibida en aquella sociedad aristocrática si no le hubiera iluminado, como á la tierra, un astro de luz, el brillo esplendoroso de su hermana.

-¿Quién soy yo—se preguntaba alguna vez con rabia reconcentrada—al lado de la marquesa de la Tour du Roy? Yo, Renée Leroux, no soy mas que un reflejo.

Conviene advertir que ninguno de los aristócratas que andaban como mariposas á su alrededor parecia dispuesto á pedir su mano.

Lazarine, cansada de Milan, decidió terminar el invierno en Venecia.

Se hicieron inmediatamente los equipajes, y al dia siguiente partieron nuestros viajeros con direccion á la original ciudad de las lagunas, donde el melancólico silencio de las noches y de los dias no se interrumpe mas que por el tañido de la campana, por el murmullo del agua corriente, y por el canto de los gondeleros al doblar las esquinas de las calles.

El marqués de la Tour du Roy no quiso instalarse en una fonda, pensando que su estancia en la ciudad de los Dux se prolongaria durante cinco ó seis semanas.

Alquiló en el Canal Grande un palacio lleno de recuerdos y atestado de cópias de cuadros célebres, cuyos originales habia vendido á los